Cebú, mes de octubre de 1521

I

Añoro aquellos días, en altamar,

 bajo el ardiente sol

 o en la más aterradora

 de las tormentas.

En la calma de los mares,

 cuando el tedio nos agitaba

 y enloquecía;

en el bramar de las olas

y rugir de los cielos, cuando

 podía saborear mis propias entrañas,

 y pensaba

 mis últimos pensamientos

mientras mi capitán oraba a san Elmo

 anhelando

 suplicando

 su protección.

Mi capitán:

mi guía,

 mi maestro.

Añoro aquellos días.

Me gritaron mentiroso,

 traidor,

 perro.

Qué sabían ellos.

 Orgullosos,

 Altaneros,

 envidiosos.

Si alguna vez miraron,

 nunca me vieron.

Yo era tan solo

la sombra de su dueño,

 el

 del capitán.

Mas yo, Enrique,

por la Santísima Virgen que mi capitán don Fernando tanto amaba

 juro que nunca les traicioné,

 mas razones

 no me faltaron.

Más de dos años antes…

10 de agosto de 1519

 n nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sanncti.

I

 Las palabras del arzobispo de Sevilla, que daban comienzo a la ceremonia, me devolvieron a la realidad del momento que estaba viviendo. Apenas minutos antes, con la demora que solo es permitida a las novias en su día de casamiento, los capitanes habían hecho su majestuosa entrada en el templo, envueltos en el clamor de las gentes que se habían agolpado a las puertas de la iglesia de Santa María de la Victoria. El vocerío apenas había podido amortiguar el retumbar en los adoquines de los casquillos de sus caballos, mientras la cháchara en el interior del templo se había tornado un bisbiseo expectante. Los más de doscientos miembros de la tripulación, que nos habíamos allí congregado para iniciar con la bendición divina nuestra marcha hacia lo desconocido, enmudecimos en seco, fascinados ante semejante espectáculo. Yo mismo, minutos antes envuelto en una acalorada discusión con un grumete al que acababa de conocer, había embobado, arrebatado por la escena que se desenvolvía ante mis ojos. Al frente de la comitiva, el capitán general Fernando de Magallanes suscitaba respeto —no, temor más bien—, confirmando lo que de él había escuchado en los muelles durante los días previos: que era un portugués de baja nobleza y más corta estatura, al que su propio rey había despedido en desgracia; que era un hombre de rasgos poco agradecidos, hirsutos su carácter y su abundante vello, que le cubría rostro y testa, y que dejaba entrever unos ojos saltones, inquisidores; y tullido, además, sin haber sido esto impedimento para que el rey Carlos le pusiera al mando de una flota española, mas qué se podía esperar de un rey que aún era un zagal, como quien dice, y germano de nacimiento y de crianza, para más detalles. También se decía que los capitanes de las otras cuatro naves, castellanos a Dios gracias todos ellos, lo miraban ya con recelo y tramaban a sus espaldas conspirar a la menor oportunidad. Con los cinco engalanados capitanes antes mis ojos, no dudé en creer todo lo que había escuchado, confirmando, como a todas luces era claro, los detalles del físico del capitán general.

 Los pendones en sus estandartes identificaban a cada uno de los capitanes, y así, me sentí orgulloso de haber sido asignado a la nave al mando de don Juan de Cartagena, la San Antonio. Era mi capitán un hombre agraciado, y a todas leguas de buena cuna y alta nobleza. Más joven que el capitán general, también le pasaba en un buen palmo, y su porte, derecho y seguro, parecía decir yo debía ser el capitán general. Hechizado por su hidalguía y lleno de pundonor por servirle, me giré hacia mi compañero y, con una orgullosa sonrisa, le dije, Yo voy en la San Antonio, con Cartagena. Solo quería impresionarle, por supuesto, dar por zanjada nuestra discusión previa con una estocada final. No pretendía que me respondiera, por lo que sus palabras me cogieron por sorpresa. ¿El capitán que nunca ha comandado nave alguna? Pues que Dios te ampare, amigo. Yo viajo en la Trinidad, con el capitán general, que ha navegado más leguas que las mismísimas olas. Por África y por el Índico —a donde por la gracia de Dios arribaremos—, venciendo a moros y otros enemigos de la Santa Madre Iglesia, y sea la lanza que atravesó su rodilla y le dejó tullido testigo de su valor.

 Mi sonrisa se desvaneció durante el resto de la ceremonia, mientras las palabras de ese muchacho impertinente retumbaban como un eco en mi interior: el capitán que no había comandado ninguna nave… El capitán general, que ha viajado más leguas que las olas… Tullido… Su valor… La ansiedad comenzó a arrebatarme, devolviéndome las imágenes de mis últimos días en el hogar familiar de mi Toledo natal, cuando mi madre cerró sus ojos para siempre. Mis hermanas, que apenas si se habían despegado de su ala, abrazaban entre sollozos su cuerpo inerte mientras nuestro padre, en un momento de cordura —o de generosidad extrema—, tras los días de tensa espera de un milagro que no llegaba, llenó un morral con una hogaza de pan y varios pedazos de tocino y, entre otras muchas cosas, me dijo, con los ojos más tristes que nunca le hubiera visto, Diego, hijo, ve a los muelles del Guadalquivir. En el océano estas fiebres no te alcanzarán, hijo. Hazte un futuro, en las Indias si es menester.

 Tras años y generaciones cultivando unas tierras que apenas producían, las palabras de mi padre me sorprendieron. Si no trabajando los campos, yo me hubiera visto bregando en uno de los talleres donde se fabricaban dagas, cuchillos y azagallas, y que se habían multiplicado por la ciudad. Pero las noticias corrían, si cabe, más rápidas que las fiebres que se cobraban vidas casi a diario, y era bien sabido que Sevilla se había convertido en una ciudad de oro, con naves que arribaban de las Indias cargadas del preciado metal, y de alhajas que podrían iluminar la ciudad entera si fuesen reflejadas por el sol.

 Y así, tras dar a mi madre cristiana sepultura, con el corazón saliéndoseme del pecho de congoja y de ansiedad, ese mismo día marché en dirección al sur.